PQ
8498.23
A77
C3
1991

UNIVERSITY OF ARIZONA
39001030486750

CABE ERENICE

Marco Martos

COLECCION HOMENAJE AL CENTENARIO DE CESAR VALLEJO

MUNICIPALIDAD PROVINCIAL DE TRUJILLO
CASA DEL ARTISTA 16 de Marzo 1892 - 1992

CABELLERA DE BERENICE / Marco Martos

COLECCIÓN HOMENAJE AL CENTENARIO DE CESAR VALLEJO

MUNICIPALIDAD PROVINCIAL DE TRUJILLO
CASA DEL ARTISTA 1892 - 1992

Edición:
Santiago Aguilar
Grau 627-1C
Trujillo - Perú

CABELLERA DE BERENICE

Marco Martos

PQ
8498.23
A77
C3
1991

PRIMERA EDICIÓN
© Edicious det Tignahus
Centre d'Etudes et de Recherches
Peruviennes et Andines
CERPA - Université Stendhal, Grenoble,
Francia

© 1991 COPYRIGHT Marco Martos
© Ediciones SEA - Casa del Artista
Ilustración de la Portada: Vincent van Gogh
"Japoneserie" El Arbol. Periodo de París, 1886.
Composición, Diagramación,
Montaje e Impresión: Editorial Libertad

Para Dafne,
Nausicaa y
Néstor.

Prefacio

La primera edición de estos poemas se publicó en Grenoble en 199O en versión bilingüe castellano-francés merced a las traducciones de Roland Forgues y Modesta Suárez a quienes agradezco. Esta segunda edición incluye además de los poemas publicados en la edición francesa, que son del periodo 1982-199O, otros posteriores que son los siguientes: Mano soñada*;* Lengash, agua de música y palabras*;* Aire de Sechura*;* Ultima hora de Abderramán III*;* Recado de Li Po, refugiado en las montañas, a Ma Ti, dama de la ciudad de Kouang Tcheou*;* Botón de rosa*;* Conversación con Roland Forgues*;* Alquimia y horóscopo de Guy Abel *y* Soliloquio*; también se incluyen otros poemas que no tuve a la mano durante mi estancia en Grenoble, y que pertenecen sin embargo a la década del 8O:* Fotografía *y* Ya no humano *que sí figuran en la antología personal Muestra de arte rupestre, Lima.INC*

1990, El Perú, pequeño texto que intenta explicar a los niños el amor por el país, y un texto Homenaje a Carlos Oquendo de Amat *que es de 1976 y que apareció en la revista Hipócrita Lector de ese año con el título Carlos Oquendo de Amat.*

En su versión actual el libro se propone explorar el mundo de los afectos personales y sociales, se reclina sobre personajes de la historia en los momentos en los que no reciben mayor luz y es manifestación también de una respetuosa curiosidad por toda la cultura y la sabiduría que nos viene del oriente, sin distinción de fronteras. Llamar prefacio a estas líneas es también un homenaje a Rubén Darío, el primero de los poetas hispanoamericanos.

Lima, 10 de noviembre de 1991.

CUADERNO DE BUEN AMOR

La separación de los amantes

Fue lo máximo sentirme tu familia,
delicioso y delicado llegar a tu casa
con un poco de queso, una botella de vino
o simplemente alegría en el rostro,
y desplazarme en tu espacio, en tu cuerpo y en tu mente
con la soltura de un rey en su patria,
mientras los demás, gentiles y antiguos,
con sus camisas de cuadros
y sus modales ceremoniosos,
se acomodaban en la mesa
para dejarme, como correspondía
el sitio más vecino a tu corazón.
Fue un cielo claro de primavera.
Ningún nubarrón.
Y, súbito, el rayo oscuro de la muerte.
Tú no sabes nada.
Yo no sé nada.
Nadie sabe nada.
¿Quiénes son estos amantes?
¿Quiénes fueron?

No los conozco,
porque si en el mundo sólo existe dolor,
como bien sentimos, es imposible
que en la vigilia haya habido
cosas tan intensas, hermosas y verdaderas.

El otro retrato (Mantua 1500)

Desde la alta ventana podía verse
que de plata eran las aguas del lago
y amarilla la bruma bajo el cielo
de invierno.
Isabella del Este, dama primera
del mundo, luce sus encantos
para Leonardo. El rostro es carnoso,
las mejillas ovaladas, los ojos almendrados
abiertos de par en par con ese brillo
ansioso que saben las bellas.
Leonardo la veía
de nariz algo larga, mandíbula dominante,
-doble mentón después de unos años-,
los ojos saltones como de loca
y los labios gordezuelos;
pero también le observaba la frente comba
levemente inclinada hacia adelante
con un aire de meditación no buscado,
los cabellos negros, abundantes,
ocultando los hombros rollizos.

Y la pintó como era: discreta y sensual,
con la garganta llena donde se aprecia
la respiración y también como no era:
fría y malévola en el invierno de Mantua.
"Dejemos por vuestra cuenta la invención
y fecha para la entrega" dijo ella
procurando ganar la paz del ermitaño.
¿Quién era más pertinaz?
El salvaje que odia los viajes. Huir. Huir.
Mantua, pequeña ciudad; Roma fue fundada
por hombres; Venecia, como sabéis,
fue un capricho de los dioses. Altas cúpulas.
Era el año del señor de 15OO.
La luz melancólica de marzo
se filtra entre la bruma del mar
y el hombre queda otra vez
solitario y solitario.

Flores para Lou Andreas Salomé
(Viena 1912)

Es miércoles en Viena.
Dos sillas vacías
atormentan al conferencista,
quien advierte las ausencias
de Lou Andreas Salomé,
bienamada contertulia,
y de Víctor Tausk, enfurruñado discípulo.
El disertante conoce
los meandros de la vida,
se ha visto a sí mismo
mejor que en un espejo
a través de un severo
autoanálisis,
sabe que los sentimientos
son oscuros y complejos
y que ningún tiempo
es suficiente para conocerlos
y estudiarlos. Y aunque
la ciencia que practica
le ha permitido colocarse

por encima de los pequeños asuntos,
queda confundido
con los celos que lo invaden,
los más espantosos
que puedan imaginarse.
Odia al impostor
y a Lou Andreas Salomé,
cuyas historias de amor bien conoce,
la quiere borrar de la memoria.
Otra es su secreta voluntad.
El día jueves el doctor Sigmund Freud
le envía flores rojas
a Lou Andreas Salomé
y un claro mensaje de amor.
(De deseo sexual según sus teorías).
Está desesperado. Y lo advierte
mientras se acicala la barba.

Amor de grajos (Müritz 1923)

Es dorada y pareciera siempre quieta
la arena del mar donde la suave planta
de los niños hebreos berlineses dibuja su huella.
Lo último y más hermoso del sol
baña la espaciosa estancia
donde la muchacha
de ojos escondidos por los largos cabellos
se ocupa de escamar pescados
y de otros menesteres así
en la oscuridad que comienza.
"Manos tan suaves
y trabajo tan sangriento" dice
Franz Kafka oscilando las palabras.
Llamea en la penumbra el rostro
de Dora Dymant, Dora Dymant
mueve la cabeza de grajo,
la gran cola, y hace una venia
al compañero de su vida.
¡Luz, luz verdadera antes de la noche!

Cabellera de Berenice

Todo el tiempo me pareces un sueño
que camina, sale de sus mares naturales
y entra en la vida causando asombro.
En tu sonrisa percibo el encanto que ejerces
y el desencanto tuyo, por ahí,
en una veta profunda;
Tú, tan concreta, tan evanescente,
(esas contradicciones)
es en el dolor donde mejor
te muestras. Te he visto sufrir,
Berenice, ¡y de qué manera!,
pero has estado serena en esa oscuridad,
y es que tienes luz propia
y para ti no hay negro pozo.
He aquí mi utopía y mi trabajo:
llegar a tu centro.
Tengo el convencimiento de ser
quien más te conoce, pero ésta
es mi sabiduría verdadera:
permanezco en los umbrales

donde me encegueces, mas conservo
los otros sentidos muy atentos
a lo que acontece con tu figura,
gusto, tacto, oído, aguzados;
¡cómo hueles, Berenice,
tu olor jamás lo equivoco!,
ni tu voz suavísima,
ni la piel que te contiene
y es tu límite.
Este es mi gusto:
permanecer a tu lado,
definirme como un hombre
de tu bandería,
por eso llevo tu aura,
te tomo de la mano,
me anudo contigo,
viajo en tu cabellera
por los espacios siderales.

Mujer del Perú

Tu fragancia.
Tu fragancia
que se mezcla
con la luz
que nace
en la niebla,
en el mar
del Perú.
Tu fragancia
y esa manera tuya
de quedarte quieta
en el lado derecho
de la cama,
junto a la taza
de café.
Vienen hacia mí
tu fragancia
tus silencios
y tu sonrisa
más hermosa
que el amanecer.

Mano soñada

Así como el sol del mediodía
tiene en su centro
a la aurora de finos dedos
y las manos del mar
lo refrescan y lo alientan
en su difícil trabajo
de oro sobre el agua
antes de que arribe
la noche más espesa,
de la misma manera
guardo tu mano soñada
que aumenta mi fuego primigenio,
te entrego todo lo vivido,
mi pequeña sabiduría,
mis secretos,
para que dures y florezcas,
acerco mis labios a tu piel
y beso lo más femenino
de la tierra.

CUADERNO DE AMOR AL PERU

Playa Grande

Como los trompos enigmáticos encontrados en los arenales,
o como los peces entrelazados
que aparecen en los ceramios de Playa Grande
o como los caracoles que segregan un líquido
que llaman púrpura,
desde antiguo usado por los peruanos
para teñir sus telas –
como los peces entrelazados
que lleva el pescador entre las redes,
como los caracoles que recogen
los niños en Playa Grande
o en los basurales –
en las grandes fábricas de conservas,
en las enormes chancherías de los basurales –
ahí está el común de la gente,
peruanos hacinados de estos días
trabajando de sol a sol,
como los caracoles que tiñen púrpura,
como los peces entrelazados
de los ceramios de Playa Grande,

en el centro de la costa del Perú, en Ancón,
a 42 kilómetros al norte de Lima –
peces entrelazados
y peces solitarios,
caracoles que tienen púrpura
o restos de caracol.
Trompos, enigmáticos trompos, quietud y danza,
lo único vivo en el basural.

San Miguel de Piura

Encendí el corazón sobre los médanos,
en los soledosos algarrobos que continúan
la ciudad más allá de la postrera bandera blanca,
bordeando el camino de Los Ejidos, regado
por la bosta de las cabras. El cielo era azul
con sus nubes pintadas y había un viejo caballo
y un burro blanco entre los grises.
He olvidado a qué íbamos a Los Ejidos
pero puedo adivinarlo mientras aspiro todavía
el aire luminoso de la infancia.
Los Ejidos: el olor de las cabras, la leche
de cabra, el queso de cabra que jamás
he encontrado después en la tierra.
A la hora del regreso el sol reverberaba
sobre los médanos y en llegando al recodo
del camino que divisa a la cruz del Norte,
bajo la sombra benéfica de los sauces,
los pequeños pudimos sumergirnos
en el río suavísimo y verdoso.
Han pasado años de años; ¡me he mezclado

en tantas cosas!, y ahora que el sol
reverbera sobre el asfalto, no extraño
a esa patria, distante y diminuta.
O tal vez la extraño y por eso escribo.

Luna de Paita

Cuando clarea el cielo y se apaga la luna,
el plomo del mar traspasa las farolas del malecón,
atraviesa la delgada bruma del día que principia,
cruza los vidrios del ventanal y anida
en los ojos insomnes del niño en el alféizar.
Los trajes descoloridos, colgados
en la percha, semejan guerreros silenciosos
aguardando en la penumbra. Una voz enfurruñada
dice algo y al rato otra vez la sombra inquieta,
trepada en el alféizar, atisba a los viandantes
que hacen la jornada: pescadores descalzos,
soñolientos transeúntes que caminan
hacia el muelle donde embarcan las reses
y el sol que nace detrás de los cerros
y tiñe las aguas de oro y de rosa.
Inacabable es el día hasta que aparezca la luna
para ambular desde Pueblo Nuevo hasta La Punta
recogiendo brillantes caracoles,
estrellas de mar hieráticas por siempre,
historias de aparecidos, de Francis Drake

y de mujeres. Y mientras el mar se torna
verde y azul, pareciera que este tiempo
suspendido está libre de la muerte.

Lengash, agua de música y palabras

(A Mayela Falvy y Ricardo Zariquiey)

En el tiempo caliginoso
de aguaceros en las alturas
abajo los niños
íbamos
al cauce vacío
y ayudábamos al agua
que llegaba en hilitos
y se iba secando
mientras avanzaba.
Luego crecía
el río Piura,
un Dios pardo
trepado en el castillo
más alto del puente,
y nadie podía creerlo,
viéndolo tan encrespado y terroso,
que recién había llegado
cumpliendo el rito anual
del estío y sus nubarrones.
Venía

cuando quería,
cuando se había terminado
el tiempo exacto
concedido por los augures,
a veces inundaba la ciudad
y la rodeaba como un anillo acuático,
entraba en la Plaza de Armas
y la gente
entraba y salía de cada casa,
llorando, en bote.
Después de muchos días
se retiraba cansado
y entonces nacía pasto
en los arenales candentes.
Pasaba el tiempo,
la gente hablaba, hablaba,
volvíamos los niños
a las excursiones
por el cauce seco,
o jugábamos pelota,
o qué diablos.
Antes y todavía
llega el río,
el rey del valle.
Refulgen los instrumentos

musicales de la banda
del cuartel número 31,
radiante la luz del sol
sobre el amarillo del bronce.
Llega la noche
y la música
se mezcla con las aguas
y las luces de colores
de los fuegos artificiales,
y la terraza del Río Bar
repleta de gente
con luz de verde neón sobre la cara,
y miles de personas
en el malecón, con su habla cantarina,
y el río que avanza,
recuperando lo suyo,
entrando en la memoria, eterno,
pardo y verde en sus meandros,
parda y verde
agua de música y palabras
para siempre.

Matacaballo

El mar es verde
y el palo de la balsa
amarillo en el agua,
blanco en el sol.
Las muchachas
que recogen el pescado
o las que vienen de Piura
tienen genes vicús,
míralo en esa piel bruna,
ni trigueña ni negra
dorada por el sol.
El muelle desvencijado
tiene veinte años
y más viejo parece,
nacido con el mar.
Aquí vine con mi padre
siendo adulto ya,
comimos aquí guitarra,
hablamos de El Chilcal,
del pequeño ídolo negro

de Narihualá,
del cementerio de Chusís.
Aquí vengo ahora
con mi hija
y le enseño lo que sé:
las ballenas de la Antártida
llegan a Paita,
a las frías y azules
aguas de la infancia,
a Matacaballo jamás,
las rayas salen a la orilla
con la marea baja,
picadura de raya,
duele, duele;
en las arenas de Piura
algarrobo o tamarindo,
zapote siempre habrá.
Aquí vengo
con mi hija
y mañana
ella con su hijo tal vez.
Matacaballo. El sol.

Aire de Sechura

(En homenaje a Sabino Springett)

Como nacida
de pinceles
emerge Sechura
entre las dunas.
Las cabras olisquean
rastrojos en la arena
y vienen con paso cansino
al centro de la plaza.
Sabino Rumiche,
Jacoba Timaná,
Raimundo Yarlequé,
Crisanta Querevalú,
lentamente caminan
los sechuras, de negro
y blanco en el día
de la fiesta. El fuego
arriba emana
de lo bajo, amarillo
de la amarilla arena,
aire quiero

en mi costado, aire
denso de la duna,
o soplo de sal viajera,
de la mejor orilla,
de lo lejos, del mar
y la iglesia
de Sechura.

Fotografía

Es Sullana.
Carlos Vallejo con su caballo blanco
caracoleando por el aire.
Debajo de ese sol despiadado
lo único humano
es el griterío
en las tribunas
y el jinete
hecho una sola sombra con su potro,
una divinidad
con su aéreo caballo ganando el aplauso
de los hombres.
Así fue, o así me parece que fue
en una tarde de agosto.
Ese instante es cada vez más poderoso.
Y tanto no puedo equivocarme:
Carlos Vallejo
con su caballo blanco por el aire.
Nada de lo que te cuenten sobre caballos
será tan hermoso.

Manuel U

Hacia 195O/55 el hombre de Huancabamba
canturreaba una tonada del sur:
el día que me muera junto al fogón
me has de enterrar y mientras preparas
tu merienda, por mí has de llorar,
y si alguien te pregunta ¿por qué lloras?
dile, la leña está verde y el humo me hace llorar.
Y era de creerle la tonada
porque en ella se le iba el corazón
aunque doña Victoria había muerto
4O años antes y los hijos andaban dispersos
por el mundo, como se dice en la conversación.
Una antigua fotografía nos deja verlo
con poncho blanco y sombrero alón
y en otra más reciente del 5O/55
está de traje y corbata, con esos anteojitos
de ciego que se ponía para viajar.
Dicen que las mujeres cuidan a los feroces enfermos
que vuelven de los países cálidos del sur,
¿pero dónde iba a volver Manuel U.,buenísimo como un pan,

viudo y reviudo que iba pasando toda su vida
a pleno sol?
Según los amantes, el repliegue a la conjuntiva
a la chitacallando ataca a las gentes
que viven cerca del Ecuador.
Al comienzo la molestia es mínima,
apenas una afección benigna
que a ratos hace cerrar los ojos
como cuando la leña está verde
y el humo nos hace llorar.

Retablo

En un tiempo viví en Ayacucho,
rincón de muertos que lo llaman.
Salí de allí, por azar, en 1970,
diez años antes del comienzo
de la hecatombe.
Vi la miseria con mis propios ojos
en el Parque Sucre, San Juan Bautista,
Acuchimay, en el mercado,
y penetrando por las rendijas
a las mismas casas de los ricos,
mendigando. Algunos
de mis conocidos de esos años
están muertos o en prisión
o andan por el mundo
como kamikazes locos
matando y dejándose matar
por los soldados.
No hablo de los jefes. De ellos no hablo.
Conocí un niño que murió
en la isla El Frontón en 1986, siendo hombre,

con trescientos de los suyos, asesinado.
Tuve un amigo periodista
que fue a Ayacucho en 1983
en misión de servicio y junto
con siete compañeros,
en Uchuraccay, murió asesinado.
Pero los hombres de la costa cuando mueren
tienen un nombre, una lápida,
recuerdos, flores; los campesinos
cuando mueren son números asesinados.
Pienso también en los soldados
que los llevan desde tan lejos
(Saposoa, Iquitos, Tumbes)
hasta Ayacucho a morir baleando.
No me hables de la música de Huamanga,
ni de la tersa piel de sus mujeres,
ni del cielo lapislázuli.
Ayacucho es la sombra de la muerte,
una escalera interminable de cadáveres,
la muerte misma trepando hasta mi corazón
que vive todo el tiempo agonizando.

En lo más difícil

La mujer que me alucina
está en el otro lado del mundo.
Si acaso tengo voz,
si acaso me sostengo,
es porque ella existe
en medio de la neblina,
en el otro lado del mundo,
y si mi mano algo escribe
y cruza los cielos plomos
en forma de caricia
y de frío y de calor
que la envuelven dulcemente,
es porque ella vive y habla,
me sostiene, me da fuerzas,
cruza los cielos grises
y me toca con sus ojos
en la noche soledosa,
así tan lejos.
La mujer que me alucina,
me ama, me dice.

Pero estoy solo,
terriblemente solo,
muerdo mis días.
Soy sólo sombra
de un fantasma melancólico
que cuida a una mujer
allá en el Perú,
en lo más difícil.

Grenoble, 20 de mayo de 1988

Coquelicots

Como un campo de amapolas
ardiendo en el fulgor del alba
o
como la oropéndola
que cruza el río Putumayo
con su enigma de colores
difuminando las fronteras
en ese fondo verde
de un lujoso arco iris
o
como el ave Fénix
que emerge de cenizas y palabras
y enciende un fuego hermoso
en la más oscura noche
o
como la luz del sol
que ilumina el Atlántico
y las islas misteriosas
que no están en los mapas;
y los países de la nieve

reverberando en sus montañas,
así
con el ardor profundo
del agua cristalina
de los riachuelos deliciosos
de las grutas de Sassenage,
abro dulcemente tu blusa,
te beso en todo el cuerpo,
te acaricio demoradamente,
me hago uno contigo
y nos quedamos ardiendo
en el sueño verdadero
del fulgor del alba.

Homenaje a Carlos Oquendo de Amat

Tus palabras recién lavadas
en la lluvia de la mañana
tienen la carita limpia
de la muchacha que te gusta.
Y la color.
Son blancas y perfectas mariposas
en la mañana de primavera
y cielo azul.
Acaso a otro le parezcan
blancas y perfectas mariposas
saliendo de los labios de Dios.

El Perú

No es éste tu país
porque conozcas sus linderos,
ni por el idioma común,
ni por los nombres
de los muertos.
Es este tu país,
porque si tuvieras que hacerlo,
lo elegirías de nuevo
para construir aquí
todos tus sueños.

DIWAN ANDALUSÍ

Oración por al-Manzur billâh

Ha muerto al-Manzur billâh.
Las noticias que llegan de al-Andalus
dicen que de manera natural
en este año del señor 1002.
No podemos olvidarlo:
era nuestro enemigo sañudo,
señor de la guerra,
príncipe de la paz.
Sólo la espada desnuda era su verdad.
Cuando saqueó la ciudad de Santiago
entramos a Córdoba encadenados
arrastrando las campanas
de nuestra catedral.
Hemos vivido sin embargo
para regocijarnos con la guadaña
muy poderosa
sobre el hijo de Alá.
Mas hay dolor en mi casa
por la muerte de Almanzor.
Esa monja que lo llora

en un convento de León,
es mi hermana, su última mujer.
Para ella fue su único varón;
por eso llora y balbucea un ruego
al Dios de los cristianos,
por el alma de su marido
al-Manzur billâh,
quien fue bondadoso con ella,
respetó la tumba del apóstol Santiago
y de algún modo continúa siendo
el victorioso por la gracia de Dios. Amén.

Bagdad en el corazón

(Medita Ibn Zayib)

Cuando mi canto jarifo se escucha
en al-Andalus, los muladíes me dicen
el ruiseñor de Bagdad. Entonces
el desasosiego colma mi corazón,
una noche súbita y lúgubre
me transporta al arrabal de mi ciudad
y cuando torno a estos andurriales
no sé en verdad de dónde soy,
de Córdoba o de Bagdad.
Traje el laberinto ajedrezado,
la saludable costumbre del orden
en los banquetes y en las meriendas
que pronto llegará a todos los confines
del mundo: ensaladas primero,
las carnes después, y al final, los dulces;
traje algunas muchachas
de finísima voz, penetrantes perfumes,
tejidos de seda, alcohl en los párpados,
las pestañas, las cejas, el cabello,
bellezas que provocan admiración;

alterné con unos pocos muladíes
en los pasadizos secretos que conducen
a las estancias de Abderramán II;
en las ceremonias de oro y plata
introduje el cristal, transparente
como el día, azul como la noche,
como ese desasosiego que colma el corazón
del ruiseñor. Traje todo a Córdoba.
Dejé Bagdad.

Damas de Córdoba

(Medita Ibn Zayib)

Tengo todavía el perfume de Bagdad
en el corazón,
veo las aguas del Tigris,
pardas en las noches de estío,
verdes las palmeras,
ondulando ayer y hoy,
y la imagen de mi muchacha sonriendo
mientras dondoneo la cítara.
Ahora estoy inclinado
sobre los trebejos
y en el laberinto ajedrezado
muevo caballos (y caballeros) andalusíes,
blancos y negros, peones, alfiles,
(obispos que los llaman en el norte),
roques, damas o reyes.
Hasta reyes movilizo.
Es un juego. No me olvido.
Ganaré o perderé,

pero qué hermosas las damas
en el gran tablero de Córdoba,
como el perfume de Bagdad
en mi corazón.

Malos agüeros se ciernen sobre Ibn Zayib

Córdoba.
Califato de Córdoba.
Sala de los espejos
del califato de Córdoba.
Sala de los espejos
del califato de Córdoba,
junto a la puerta
que se orienta
hacia Jaén.
En la sala de los espejos
del califato de Córdoba,
junto a la puerta que se orienta hacia Jaén,
Ibn Zayib,
músico y poeta,
juega al ajedrez
con un amigo andalusí,
medita largamente
su jugada,
toma una torre
entre los dedos diestros

y sueña con Bagdad,
con el centro redondo
de Bagdad,
con la mezquita,
con el zoco multiforme
que se extiende allende
las murallas,
con una palmera,
esa única palmera
a cuya sombra
recitó
un poema de amor.
La torre en el aire.
La victoria cercana.
Súbito
se quiebran
los cristales
en la sala de los espejos
del califato de Córdoba,
junto a la puerta
que se orienta hacia Jaén.
No hay jaque mate,
un mal agüero
persa
se cierne

sobre Ibn Zayib.
Ahora le tiembla la mano
y equivoca la jugada.
¿Perderá la partida
Ibn Zayib?
¿Será desgraciada
su estancia
en el califato de Córdoba?
¿Morirá
en esta tierra
sin conseguir
el honor y la gloria?
¿O acaso caerá Córdoba
en manos de los infieles
que arrasarán
la sala de los espejos
y su puerta
que se orienta
hacia Jaén?
¿Qué pasará?
¿Cómo se moverán
las fichas
en la inmensa
e interminable
partida de ajedrez?

Cárcel de amor

(Ibn Zaydún escribe a la princesa Wallada)

Te he atisbado Wallada en el zoco, en las torres,
tratando de explicarme tu encanto y tu gracia.
Te he visto haciendo cosas sencillas
en ventura y provecho de tu gente y casa:
menjunjes, pero dulzuras,
hechizos favorables,
para el bien, no para el daño,
aunque con tu peine y tu risa
me has hecho
un embrujo de amor que me tiene
desquiciado atisbándote en el zoco, en las torres,
tratando de explicarme tu encanto y tu gracia
o escribiéndote líneas que acaso te sirvan
para curarme la herida de amor
que me causas.

Zonas de Wallada

(Ibn Zaydún expresa su amor por la princesa Wallada)

Hay una zona de ti
donde nace una luz
hermosa que se esparce por el mundo,
desplaza su voluntad,
libremente como todo lo que haces,
luego se aposenta,
ausculta y escudriña
días y noches desprovistos de calma,
traspasa mi corazón y lo deja sin mácula
inerme ante tus ojos.

Tienes otra zona de sombra nítida
de la que nada sé pero entreveo
en sus ráfagas; luz y sombra
se mezclan imprevistas,
chorro de sombra y luz que me anonada.
Raro querer este tan transparente
que queda fundado cuando me miras.

Hay zonas en ti. Hay dos por lo menos.
Recién algo te entiendo
y acabaré cuando fine la vida.

Misiva a Ibn Zaydún

(Escribe la princesa Wallada)

El amor que me profesas
es de buena laya pues porfía
con el destino y merece
el nombre de sagrado.
Lo posible y lo imposible
son los colores
que un amor así
junta en un ramo
y cuando queda escrito
es el arco iris
en el cielo inmenso y claro.
Mira, Ibn Zaydún,
el cielo de nubes bajas,
esa lluvia furiosa
sobre la vega y las sierras
distantes,
mira el azul nítido
ahora
y los siete colores
perfectamente enlazados.

Así tus versos, Ibn Zaydún,
son alegría
para mi corazón
solitario.

Muchacha de Granada

Sueñas con la plaza de los Aljibes
de la Alhambra,
con el Patio de la Alberca,
y con el patio de los Leones
donde surtidores de agua cristalina
alegran los ojos de Boabdil.
Como una ligera columna de mármol viviente,
como el agua que borbotea
por tuberías y canales secretos,
como mujer de la corte de Boabdil,
tienes apetencia
por el goce indolente,
por la alegría del color
de la vega de Granada,
como un sueño
que detiene el tiempo,
como la palabra
que dice Boabdil.
(Boabdil marchará a Marruecos.
No lo sabe.

Morirá en prisión.
No lo sabe.
Será el último rey moro de Granada.
Algo sabe.)

Zéjel

(Escribe El Ciego de Cabra)

La muchacha se baña
se baña y se baña.

De albo y rojo color
ya emana el olor
finísimo del amor.
Se baña y se baña.

De agua que corre mucha
fuera bien se escucha
el sonido y la lucha.
Se baña y se baña.

¿Qué hago aquí fuera
cuando sólo quisiera
palparle la cadera?
Se baña y se baña.

Escucho el tintineo
del agua que no veo.

Vivo sólo el deseo.
Se baña y se baña.

Relumbran con rumor
dos ganas de amor,
una dama y un señor
se bañan y se bañan.

Medina al-Zahra

Luz andaluza
sobre Medina al Zahra.
Naranjos, olivos,
estanques, baños
y salones dorados;
mujeres, sobre todo mujeres,
fragancia de mujeres,
tapices, sedas, en el palacio de
Abderramán,
el tercero
en los goces,
el tercero
en la algarabía final.
Lejos del tiempo
de al-Andalus,
lejos de la sierra
de Córdoba,
lejos del muezzín
que invoca a Alá,
clemente y misericordioso,

eleva su plegaria
al Dios de los cristianos,
Felipe II
en San Lorenzo del Escorial.
¿Qué habrá hecho
el rey de España
con su sensualidad?

Ultima hora de Abderramán III

(Córdoba, año 961)

Muere el sol en la mezquita de Córdoba
y nace la noche en mi corazón. Y nunca más.
Mañana el astro volverá a su rito
y no habrá corazón en la oscuridad definitiva.
Astrolabios, relojes de arena, arrugas de mi rostro,
calendarios del Nilo, memoria de los creyentes,
soldados de mi espada, todos saben
y comentan cómo han goteado
cincuenta años de emirato y califato.
Tesoros, honores, placeres,
todo lo he tenido, todo
lo he desperdigado.
Mis rivales, los más grandes,
me estiman, me temen, me envidian,
besan protocolariamente el suelo sagrado
y suben arrastrándose hasta mi trono.
Todo aquello que los hombres desean
me ha sido donado por el cielo.
La noche viene. Ya cantan los pájaros.
En este tiempo largo de aparente

contentamiento he guerreado en Toledo,
en Mérida, en Zaragoza, he vencido
en todas las batallas, todas
las perfidias del reino las he dominado.
Las más hermosas mujeres de al-Andalus
me han sonreído en mi lecho, cada alborada.
La noche viene. Ya callan los pájaros.
Antes de irme quiero contar
los días en que fui feliz. Mi memoria
escudriña el pasado: sólo son catorce.
Creyentes, mortales, aprecien conmigo
la grandeza del mundo y de la vida.
La noche llega. Me llamaba Abderramán III
Esta es mi última palabra.

DIWAN DE ORIENTE

Recado de Li Po, refugiado en las montañas, a Ma Ti, dama de la ciudad de Kouang Tcheou.

Es lo más alto de la montaña.
Hay nubes debajo, un río serpenteante
y diferentes tonos de verde entre las matas.
Estoy sentado en una roca meditando
con una copa de vino que bebo lentamente
y te imagino bajando las escalinatas
del parque de Kouang Tcheou
con tu sonrisa repartiendo sombra
en ese mediodía espléndido.
Que vislumbras a tu madre cuchichean
algunos demorados caminantes
que van cruzando la plaza
y que sólo te semejas a ti misma
dicen otros entendidos
anonadados por el chorro de luz
de tu figura.
Miro el río abajo, tan pequeño
y con tanta fuerza, y te sueño,
apacible en una roca, dibujando frente
al mar Meridional que parece

interminable en la lejanía.
Supongo entonces que me extrañas
y que en el ábaco de colores cuentas
los días que demoraré
en bajar de las alturas.
Te imagino ya desnuda
en mis brazos, con placer
que no se esconde,
sabia en el amor,
en el hablar y en los silencios sabia,
en todas las estaciones.
Cierro los ojos y te envío mis pensamientos
en una mariposa.

Botón de rosa

(A la manera de Yasunari Kawabata)

Qué aroma,
día y noche,
qué aroma,
sutil perfume
de botón de rosa
apenas entreabierto
que te confiere belleza,
inigualable perfección.
Dime qué luz propia
de ti solamente
te hace tan radiante
y transparente,
tan delicadamente hermosa
en la mañana de abril.
Botón de rosa
cómo me embriagas
con tu aroma,
palabra que dicen tus ojos,
botón de rosa, olor de rosa,
rosa que vienes a mí.

Ya no humano

Como Osamu Dazai, como Osamu,
la sombra permanece
con su decisión a solas,
danzando y danzando
en lo alto de la torre
guerreando con el encono
de los más sesgados vientos,
como Osamu Dazai, como Osamu,
cuidándose de los conflictos inútiles,
de la diatriba y los dicterios,
admirando todavía la belleza
de la palabra exacta
o la sonrisa de mujer,
como Osamu Dazai, como Osamu,
dañada para el disfrute, harta
de la mediocridad, de los imbéciles,
fascinada por el vacío, como Osamu,
escribir o amar, uf, qué hundimiento,
mejor danzar en lo alto de la torre,
como Osamu Dazai, como nadie.

Orillas del Isère

Conversación con Roland Forgues

Como pintados por Cézanne
los amigos permanecen circunspectos
alrededor de la mesa
con sus vasos de vino tinto
o sus copas de aguardiente
o su queso Roquefort.
Evocan el pasado o avizoran
el oscuro porvenir.
Ríen los amigos,
hablan de mujeres,
callan y hablan sin parar.
Nunca se cansan,
hablan y beben
y siempre imágenes
de mujeres que quisieran tocar
o que han besado,
o que nunca verán.
Las muchachas
como mariposas blancas
cruzan los jardines

y detrás de los árboles
se hunden en la noche
y nunca sabes
si su magia volverá.
Ese batir de alas,
la mujer que quieres,
pasa delante de tu puerta
sólo una vez.

Alquimia y horóscopo de Guy Abel

Tiene la barba
cultivada con esmero,
negra y con el brillo de otro tiempo,
los ojos vivos
que se apagan o se encienden
detrás de los espejuelos,
anteojos o gafas,
según con quien converse
en su impecable español
o castellano,
aprendido como los sabios
cuando saben estudiar sus materias,
con tozudez y encanto
que le viene durando
toda la vida.
Sus manos finas
son engañosas:
hay quien dice
que no conocen
la rudeza de los campos,

pero manejan
cuchillos en lo escondido,
cortan, preparan, cocinan conejos
y aprietan a las muchachas
que se encandilan
con el rock lento
en las discotecas de Grenoble.
Ha caminado por medio
mundo de sus sueños,
ha conocido
mujeres de la movida
de Madrid, las orondas
de Barcelona, y ha pasado
noches enteras en el mar
Caribe con una o dos
mulatas de La Habana
y siempre volverá
a ese sol ardiente
que le entibia la barba
y le arranca sonrisas
cuando lo rememora
en el invierno de Grenoble.
Sus líneas de la mano
indican que volará como las aves,
distintos vientos conocerán

su piel, distintas damas,
pero su corazón no se mueve
de las aguas donde nacen los delfines,
de la Plaza Víctor Hugo,
de las calles que bien se sabe.
Ahora y mañana
una muchacha de Grenoble
lo mira y lo mirará,
tensa y misteriosa, aguardando.
El se demorará en su elección,
pero lo hará al fin y al cabo.
¿Será una mujer– niña?
¿una tigresa de película?
¿una madona renacentista?
Nadie lo sabe.
Guy Abel se ríe
y se acaricia la barba.

Soliloquio

Es tarde,
casi noche.
La muerte
espera
pero
me permite
un instante
de tranquilidad.
En un recodo
del camino
de luz
y sombra
miro adelante,
miro atrás.
Ninguno
de
los que caminaron
conmigo
ahora está.
¿Se esfumaron

en la niebla?
¿Se fueron
a la luna?
¿Se metieron
dentro de sí?
No lo sé.
Sólo comprendo
que no puedo
tocar a su puerta
y que tampoco
vienen
a mi casa,
nunca
jamás.
Estoy solo,
solísimo.
Mi amigo
es Edmond Raillard.
Y sin embargo
nunca escribiré
un libro con él,
no haremos planes
de viajar juntos
a Clermont-Ferrand.
No estaremos

en conferencias
ni recitales
ni fiestas,
ni hablaremos
sobre el tiempo
y los viñedos
y la política mundial.
Nada de nada.
Pero está
en mi imaginario
como rostro
de lealtad.
Lo recuerdo
en su casa
ordenando
los pequeños bustos
de los presidentes
de México,
algunos calvos,
otros pelucones,
serios,
terriblemente
ridículos,
simpáticos
cuates,

doctores,
licenciados,
modosos
en el parlar.
¡Que hable
Venustiano
Carranza!
decía
Edmond Raillard,
tamborileando
con una mano,
y en la otra,
el vino blanco
verde amarillo
en la noche estival.
En el fondo
una ranchera
de Pedro Infante,
un lamento
de Negrete
o de Solís.
¡Y Venustiano
Carranza
se ponía
a hablar!

Contaba
lo difícil
de ser presidente
en un país
en llamas,
que no tenía tiempo
para ir de farra
con amigos o mujeres,
pero nos decía
salud levantando
su copita
diminuta,
y salud
también
decía
Díaz Ordaz,
muy dije,
muy licenciado,
muy miope,
muy antiguo
en su modernidad,
y salud
decía
Pancho Villa
con su diminuta

pistola
disparando
al aire,
y hay una huella
de bala
en el techo
de la casa
de Edmond Raillard.
¿Por qué
tan presente
México
en la vida
de mi amigo?
¿Por qué
tanto amor?
No lo sé.
Hombre de tantas patrias
sabe ser francés,
refinado en sus gustos,
refinado en el querer.

Tuve nubes,
tuve mar,
tuve sol.
Tengo un amigo,

Edmond Raillard.
Grenoble
era una fotografía,
un punto en el mapa,
la cuna
de Champollion
y Stendhal,
los puentes
sobre el Isère,
la nieve
con su manto de armiño,
un largo paréntesis
en las angustias del Perú.
Ahora es algo
hermoso que se hunde
en las sombras,
y el perfil
y la amistad
de Edmond Raillard.

INDICE

Prefacio	9
CUADERNO DE BUEN AMOR	
La separación de los amantes	13
El otro retrato (Mantua 15OO)	15
Flores para Lou Andreas Salomé (Viena 1912)	17
Amor de grajos (Müritz 1923)	19
Cabellera de Berenice	20
Mujer del Perú	22
Mano soñada	23
CUADERNO DE AMOR AL PERU	
Playa Grande	27
San Miguel de Piura	29
Luna de Paita	31
Lengash, agua de música y palabras	33
Matacaballo	36
Aire de Sechura	38
Fotografía	40
Manuel U	41
Retablo	43
En lo más difícil	45
Coquelicots	47

Homenaje a Carlos Oquendo de Amat	49
El Perú	50
DIWAN ANDALUSI	
Oración por al-Manzur billâh	53
Bagdad en el corazón	55
Damas de Córdoba	57
Malos Agüeros se ciernen sobre Ibn Zayib	59
Cárcel de amor	62
Zonas de Wallada	63
Misiva a Ibn Zaydún	65
Muchacha de Granada	67
Zéjel	69
Medina al-Zahra	71
Ultima hora de Abderramán III	73
DIWAN DE ORIENTE	
Recado de Li Po, refugiado en las montañas, a Ma Ti, dama de la ciudad de Kouang Tcheou	77
Botón de rosa	79
Ya no humano	80
ORILLAS DEL ISERE	
Conversación con Roland Forgues	83
Alquimia y horóscopo de Guy Abel	85
Soliloquio	88

3 9001 03048 6750

Impreso en los talleres gráficos de
EDITORIAL LIBERTAD E.I.R.L.
La Constancia 220-224 Telf. 255091
Urb. Huerta Grande - Trujillo - Perú
Noviembre - 1991

Para esta edición se utilizó papel bond alisado
de 120 gramos y letra Times de 13, 10 y 8
puntos para la composición de los textos

La poesía de Marco Martos se había caracterizado por tener una construcción que no lo emparentaba fácilmente con el acento predominante de su generación. Antes bien, un sello propio le daba una presencia que se dejaba reconocer lo más esencial de su formación: el romance, las fuentes castellanas. Digamos que de alguna forma su voz había interiorizado su propia matriz verbal. En este sentido, esto le daba a su palabra creadora un matiz diferencial y, al mismo tiempo, le establecía algunos desafíos escriturales que estaba llamado a superar con creces. Entonces era ya patente su voz propia, su ejercicio poético singular. Esto, amparado en dos razones esenciales: Primero, cierta exactitud, cierta continencia que a veces podía saber a ludismo, a sentimiento excesivamente controlado o a cierto tono anti-intelectual e irónico; y, segundo, una perfección estilística poco frecuente en los apegados (como el resto de su generación) al coloquialismo o al "baño frío" de las corrientes poéticas enseñoreadas en los años sesenta en el Perú.

CABELLERA DE BERENICE resulta sin duda un libro cercano y a la vez distante de los años aurorales. Cercano, puesto que el arte poética del autor siempre ha sido una. Distante, porque para desarrollarse él ha tenido que instalarse en otro ángulo cultural, en otro centro narrativo, en otro tiempo. Su voz se desplaza así por "afectos" personales, al igual que por espacios históricos y filosóficos extraños y anecdóticos (claro está en lo que se refiere a la dirección de su temática). Sin embargo, no es éste el recurso propiamente dicho que sostiene el libro. Hay otros más precisos. La oscuridad de sus personajes escogidos, de sus situaciones planteadas, igual que una curiosa fascinación por la cultura de Oriente, son los elementos que mejor sirven a sus propósitos. A todo ello se agrega uno más: la reflexión del Perú, su visión entre crítica y afectiva unas veces, o tribal y rupestre otras. Dueño de un lenguaje simbólico, descriptivo, limpio y por momentos lúdico, Martos construye certeramente un libro de una poderosa fuerza plástica, casi difuminado por su propio ritmo interior, por su belleza dispersa como los cabellos de Berenice que el poeta ha querido preservar en el fuego de su utopía verbal.

EDICION: Santiago Aguilar
Luis Eduardo García